

COSAS DE ALDEANOVITA. *Un abrazo con historia*

Juan José Fernández Delgado

En efecto; aquel abrazo aún sigue emocionándome, a pesar de tantos años. Ocurrió en Toledo y casualmente, como suele ocurrir casi todo. ¿Por qué estamos aquí y ahora y no en Alemania, por ejemplo, y en la Edad Media? ¿Por qué hemos nacido en nuestra Aldeanovita, la bien nombrada y no en Pernambuco o en Huerta de Valdecarábanos? ¿Por qué hemos nacido en el hogar, en la familia en que hemos nacido y no en otras y en otros ambientes? ¿Veis? Todo ocurre por casualidad, producto de un cúmulo de circunstancias que en un momento concreto coinciden y, ¡zas!, surge el hecho concreto.

Y este abrazo tuvo lugar en Toledo, como he dicho, y fue por puro azar. Hasta la ciudad del Tajo acudí una tarde de hace muchos años con dos amigos desde Madrid: uno era de Belvís; el otro reparte sus raíces entre Sevilleja y Aldeanueva de Brabarroja. Fuimos directamente al bar en el que habíamos quedado con otros amigos y compañeros para preparar un homenaje a Jiménez de Gregorio, nuestro jareño mayor. Y en el bar había solamente un hombre, grandón y de aspecto popular y próximo. Reparó en los recién llegados y abrazó al amigo de Aldeanueva, al que trataba de sobrino. A continuación, nuestro amigo hizo las presentaciones y dijo: “Aquí mi amigo de Aldeanovita”, cuando le tocó el turno de las presentaciones. Y qué fuera lo que oyó cuando oyó “Aldeanovita”. ¿Qué oiría, según su actuación inmediata? ¿Qué le recordaría ese topónimo? Se acercó a mí, me estrechó fuerte-fuerte entre sus musculosos brazos y empezó a repetir “Aldeanovita. Coño, Aldeanovita. Vaya, vaya, Aldeanovita”. Luego, sólo repetía “Aldeanovita” muy despacio y terminó repitiendo en el deletreo Al-de-a-no-vi-ta más de cuatro veces. Mientras, me apartaba de su pecho para volverme a estrujar a continuación. Sólo hacía eso y no cesaba de repetir Al-de-a-no-vi-ta. Yo miraba a mis compañeros para que terciaran en aquella situación, pero ellos reían al ver la efusión de aquel hombre grandón, mientras me estrujaba.

Al fin, rompió el abrazo, pero me puso la mano en el hombro:

-Mira, chaval –dijo aquel hombre que dijo llamarse Jesús y era el curandero de Sevilleja. Tú puedes ser rojo, amarillo, azul. Puedes votar a quien te dé la gana. Puedes ser una mala persona, incluso, un criminal, aunque lo dudo. Puedes ser un ladrón, un excarcelado, un tipo odioso, aunque también lo dudo siendo de Aldeanovita. Pero yo apuesto por tus padres, a los que no conozco. Pero, me da igual: apuesto por la generación de tus padres, y mucho más por la de tus abuelos. Por esos hombres ya mayores de Aldeanovita. Por todos ellos apuesto aquí y en Roma. ¡Qué hombres aquellos, tus abuelos, y no sé quiénes son, y los de su generación! –continuaba exclamando el curandero. Como aquellos, habrán de pasar muchos años para que se repita una generación tan íntegra, tan justa, tan trabajadora, tan ahorradora, tan esclava de su trabajo porque así lo exigía la vida. ¡Qué hombres aquellos que llegaban a cualquier pueblo, compraban el ganado que fuera y se lo llevaban sin pagar, si era necesario, porque todo el mundo confiaba en ellos! A ese respecto, era igual que lo pagaran como que lo dejaran a deber. La cobranza era tan segura como el día y las noches. Si se lo llevaban *fiao*, una de las primeras cosas que hacían después de haberlos vendido con algunas pesetillas de ganancia era venir a pagarlos. Claro, no hacían el viaje de Aldeanovita a Sevilleja sólo para pagar. Traían grano o productos de la trenza

para vender o *cambear por algostras cosas de por allí*. Verás –continuaba sin dar oportunidad a que la conversación cambiara de dirección. Uno de esos hombres era... ¿Cuál me has dicho que es tu familia?

-Tío, que aún no le has dejado decir nada –dijo mi amigo Díaz del Pino.

-Bueno, es igual. Pero de qué familia eres –preguntó ahora directamente.

-Soy *casca* y *guerrilla*.

-¡Anda, coño! Eres, entonces, nieto de *Vítor*. ¡Pues acaba! De ayer que nos conocemos. Pues ése es uno por los que yo apuesto. Y *casca* es tío Juan, el alcalde.

-Sí, mi abuelo también.

-Le conozco también mucho, pero he tratado más con sus hijos.

-Pero siga con el hombre que más iba por Sevilleja.

-Era el tío Gorgonio. ¿Le conociste?

-Sí, sí, claro.

-Pues antes de que el sol acabara de salir, ya estaba en Sevilleja, a la puerta del corral de mi padre con una borriquilla aparejada con albarda y aguaderas preguntando si había algo que vender, sabiendo que mi padre tenía el propósito de vender seis u ocho *malandares*. Y se iniciaba el trato que no culminaba por la diferencia de tres o cuatro pesetas. Y el tío Gorgonio se iba por las calles del pueblo y *cambeaba* parte del centeno que llevaba en un costal por aceite, por ejemplo, y el queso por cualquier otra cosa. Y se iba a Gragantilla en donde echaba el resto del día, y lo que había conseguido mediante el trueque en Sevilleja lo volvía a *cambear* por otras cosillas. Por la tarde, recalaba de nuevo en las puertas del corral:

-¿Qué? ¿A cómo lo dejamos?

Y después de un buen rato de forcejeo dialéctico, lo dejaban por poco más de dos pesetas, y el tío Gorgonio trasponía por la calle de las eras. Allí hacía lumbre, cocinaba su cena y se acostaba para volver amaneciendo a la puerta del corral, y dejaban el trato sin cerrar nuevamente. El tío Gorgonio, entonces, volvía a repetir el recorrido por las callejas y por Gargantilla, y daba otra vuelta a la mercancía que portaba en las aguaderas. Por la tarde, dejaban el trato en “no te doy ni una chica más” y “no te quito ya ni un céntimo”, sabiendo ambos que uno subiría y que bajaría el otro, y que el trato sería abrochado con el alboroque. Pero, mientras tanto, el tío Gorgonio regresaba a la era, hacía fuego, cenaba y allí le sorprendía el relente de la amanecida, y con él se iba al corral, cerraba el trato y saltaba el alboroque.

-Y, al cabo de tres días, tú veías a tío Gorgonio con los ocho *malandares* atados a unos atillos para evitarles malas intenciones trasponer por estas calles con la burra del ramal y cargada de productos que marcarían la novedad en Aldeanovita y le dejarían unas pesetillas de ganancia. ¿Que se llevaba los guarrillos *fiaos*? Eso era lo de menos, porque, ya te he dicho, la cobranza estaba *asegurá*. Era igual que pagara como que lo dejara a deber

-¿Y usted ha visto estos casos?

-Más de cuarenta veces. Y conozco a todos los antiguos tratantes de Aldeanovita, y a sus hijos, y por todos ellos apuesto yo, por esa raza de hombres, todo honradez, que regateaban hasta el límite la peseta en ajuste del trato, pero luego... Tú, chaval, ¿has oído a alguien que uno de esos tratantes se ha vuelto atrás después de haber cerrado un trato?

-No, jamás.

-¡Y mira que han hecho miles y miles de tratos! ¿Y has oído, acaso, que han intentado pagar menos de lo ajustado?

-Tampoco.

-Pues por todo ello y por la honradez de aquellos grandes hombres y antiguos tratantes de Aldeanovita, todos *honraos* a carta caval, te he dado ese abrazo y te doy ahora otro y, escucha, desde hoy te tengo entre mis amigos.

-Muchas gracias. Muy agradecido. Le aseguro que ese abrazo tan entrañable, con tanta emoción por su parte, jamás lo olvidaré